

X

Pasó el verano. El Padre Faujas no parecía apurarse por obtener los beneficios de su naciente popularidad. Continuó encerrándose en casa de los Mouret, feliz en la soledad del jardín, donde había acabado por bajar hasta de día. Leía su breviario en la glorieta del fondo, paseando lentamente, con la cabeza baja, a lo largo de la tapia. A veces cerraba el libro y acertaba más aún el paso, como absorto en meditación profunda; y Mouret, que le espiaba, acababa por sentir sorda impaciencia al ver horas enteras aquella figura negra que iba y venía por detrás de sus árboles frutales.

—Ya no está uno en su casa—murmuraba.— Ahora no puedo ya levantar los ojos sin ver esa sotana... Ese tío es como los cuervos; tiene unos ojos que parecen acechar y esperar algo. No me fio de sus alardes de desinterés.

Hasta los primeros días de Septiembre no estuvo listo el local de la obra de la Virgen. En provincias se eternizan los trabajos. Hay que decir

que las damas patrocinadoras, por dos veces, habían trastornado los planos del señor Lieutaud con ideas de ellas. Cuando la junta tomó posesión del establecimiento, recompensó al arquitecto su complacencia con los más amables elogios. Todo les pareció muy bien; grandes salas, excelentes dependencias, patio plantado de árboles y adornado con dos fuentejillas. Madame de Condamin quedó encantada de la fachada, una de sus ideas. Encima de la puerta, en una placa de mármol negro, se veían grabadas en letras de oro las palabras "Obra de la Virgen".

La inauguración dió lugar a una fiesta muy conmovedora. El obispo en persona, con el cabildo, fué a instalar a las Hermanas de San José, autorizadas para cuidar el establecimiento. Habíanse reunido unas cincuenta muchachas de ocho a quince años, recogidas en las calles del barrio viejo. Los padres, para que fuesen admitidas, sólo habían tenido que declarar que sus ocupaciones les obligaban a ausentarse de su casa durante todo el día. El señor Delangre pronunció un discurso muy aplaudido; explicó largamente, en estilo noble, aquel asilo de nueva clase; le llamó "escuela de las buenas costumbres y del trabajo, en donde criaturas jóvenes e interesantes, se librarían de malas tentaciones". Mucho se observó, al final del discurso, una delicada alusión al verdadero autor de la obra, al Padre Faujas. Este estaba allí, confundido con otros curas. Se quedó muy tranquilo, con el hermoso rostro grave, cuando todos los ojos se volvieron hacia él. Marta se había sonrojado, en el estrado que ocupaba, en el centro de las damas patrocinadoras.

Cuando terminó la ceremonia, quiso el obispo

visitar la casa hasta en los menores detalles. A pesar del evidente mal humor del Padre Fénil, mandó llamar al Padre Faujas, cuyos grandes ojos negros no le habían abandonado un instante, y le rogó que le acompañase, añadiendo muy alto, con una sonrisa, que no podía ciertamente escoger otro guía mejor informado. Esta frase corrió de boca en boca entre todos los asistentes, que comenzaban a retirarse. Y por la noche, en Plassans, todo el mundo comentó la actitud de Monseñor.

La junta de las damas patrocinadoras se había reservado una sala en la casa. En ella ofrecieron una colación al Obispo, que aceptó un bizcocho y dos dedos de Málaga, hallando medio de estar amable con cada una de ellas. Esto terminó felizmente la piadosa fiesta, porque antes y durante la ceremonia, había habido piques de amor propio entre aquellas damas, a quienes las delicadas alabanzas de monseñor Rousselot volvieron a poner de buen humor. Cuando se hallaron solas, declararon que todo había ido bien, y no acababan de hablar de la afabilidad del prelado. Sólo madame Paloque permaneció lívida. El Obispo la había olvidado en la distribución de cumplidos.

—Tenías razón—dijo rabiosamente a su marido al volver a casa.—He sido el perro en sus estupideces... ¡Hermosa idea la de poner juntas a esas corrompidas pilluelas! ¡Les he consagrado todo mi tiempo, y ese inocentón del Obispo, que tiembla delante de sus curas, no ha sabido siquiera darme las gracias... ¡Como si madame de Condamin hubiera hecho algo!... No se ha preocupado más que por exhibir su traje esa antigua... Sabemos a qué atenernos, ¿verdad? Acabarán por obligarnos a contar cosas que no harán mucha gracia a al-

gunos... Nosotros no tenemos nada que tapar... ¡Y, madame Delangre, y madame Rastoil! Fácil sería hacerlas ruborizarse hasta lo blanco de los ojos! ¿Acaso se han movido siquiera de sus salones? ¿Acaso se han tomado la mitad del trabajo que yo? ¿Y esa madame Mouret, que parecía hacerlo todo, y que no se ocupaba más que en colgarse de la sotana de su Padre Faujas? Esa es otra hipócrita, que buenas cosas nos va a hacer... Pues bueno; todas han oído una frase lisonjera, y yo nada. Yo soy el perro... Pero esto no puede durar, ya verás tú. El perro acabará por morder.

A partir de aquel día, madame Paloque se mostró mucho menos complaciente. No llevó ya las cuentas, sino cuando quería y como quería: rechazó los trabajos que le desagradaban, hasta el punto de que las damas patrocinadoras hablaron de tomar un empleado. Marta contó estos apuros al Padre Faujas, a quien preguntó si no tendría algún buen sujeto que recomendarles.

—No busque usted a nadie—le contestó.—Quizá tenga yo alguien. Espere usted dos o tres días.

Desde hacía algún tiempo, recibía con frecuencia cartas timbradas en Besançon. Todas eran de la misma letra, una letra gruesa y fea. Rosa, que se las subía, decía que el Padre se incomodaba sólo con ver los sobres.

—Se le altera la cara—decía.—De seguro que no quiere gran cosa a la persona que tan a menudo le escribe.

La antigua curiosidad de Mouret se despertó un instante a propósito de esta correspondencia. Un día subió él mismo una de las cartas, con amable sonrisa, excusándose y diciendo que Rosa no estaba allí. El cura desconfiaba sin duda, porque

se las echó de hombre contentísimo, como si hubiese esperado la carta con impaciencia. Pero Mouret no se dejó embromar por la comedia, y se quedó en el rellano, pegando el oído a la cerradura.

—Otra vez tu hermana, ¿verdad? —decía la bronca voz de madame Faujas.—¿Por qué te persigue de ese modo?

Hubo un silencio; después, se sintió el ruido de un papel arrugado, y la voz del cura gruñó:

—¡Caramba! Siempre la misma canción. Quiere venir con nosotros y traernos a su marido para que lo coloquemos. Cree que estamos nadando en oro... Mucho me temo que se nos descuelguen aquí cualquier día.

—No, no, no les necesitamos, ¿oyes, Ovidio?—repuso la voz de la madre.—No te han querido nunca, siempre han tenido celos de ti... Trouche es un sinvergüenza y Olimpia no tiene corazón... Ya verías como todo lo querrían para ellos. Te comprometerían, descompondrían tus asuntos.

Mouret oía mal, muy emocionado por la villana acción que cometía. Creyó que tocaban la puerta y huyó. Muy bien se guardó de alabarse de aquella expedición. Algunos días más tarde, en su presencia, fué cuando el Padre Faujas, en la terraza, dió a Marta una respuesta definitiva.

—Tengo un empleado que proponer—dijo con gran tranquilidad.—Es un pariente mío, mi cuñado, que llegará de Besançon un día de estos.

Mouret aguzó el oído. Marta pareció contentísima.

—¡Ah, mejor!—exclamó.—Me apuraba mucho la elección... Ya comprende usted que, entre todas esas chicuelas, se necesita un hombre de moralidad perfecta... Pero desde el momento en que

se trata de un pariente de usted...

—Sí—repuso el cura.—Mi hermana tenía una tiendecita de lencería en Besançon, y ha tenido que liquidarla por motivos de salud; ahora desea venir a vivir con nosotros, porque los médicos le han ordenado el aire del Mediodía... Mi madre está muy contenta.

—Sin duda—dijo Marta,—no se habrían ustedes separado nunca, y se alegrarán ustedes de vivir otra vez en familia. ¿Y sabe usted lo que tienen que hacer? Arriba hay dos habitaciones de que no se sirven ustedes. ¿Por qué no han de vivir en ellas su hermana de usted y su marido? ¿No tienen hijos?

—No; no son más que ellos dos... Yo había ya pensado por un momento en darles esas dos habitaciones; sólo que he temido disgustar a ustedes, al meter a tanta gente en su casa.

—De ningún modo, se lo aseguro; ustedes son personas pacíficas...

Se detuvo. Mouret le tiraba violentamente del vestido. No quería en su casa a la familia del cura, pues recordaba de qué manera trataba madame Faujas a su hija y a su yerno.

—Los cuartos son muy pequeños—dijo a su vez.—El señor cura estaría molesto... Sería mejor para todos que la hermana del señor cura viviera al lado; precisamente hay una habitación por alquilar en casa de los Paloque, enfrente.

La conversación decayó por completo. El cura no respondió nada y miró al aire. Marta le creyó ofendido y sufrió mucho por la brutalidad de su esposo. Al cabo de un instante, no pudo soportar más aquel embarazoso silencio.

—Estamos de acuerdo—repuso, sin tratar de

reanudar más hábilmente la conversación.—Rosa ayudará a su madre de usted a limpiar los dos cuartos... Mi marido no pensaba más que en las comodidades personales de ustedes; pero ya que usted lo desea, no seremos nosotros los que le impidamos disponer de la habitación como usted quiera.

Cuando Mouret estuvo solo con su mujer, montó en cólera.

—La verdad es que no te entiendo. Cuando alquilé la casa al cura, ponías hocico y no querías dejar que en tu casa entrara ni un gato; ahora, si el Padre te trajese a toda su familia, hasta los sobrinos de sus sobrinos, le darías las gracias... Y eso que bastante te he tirado del vestido. ¿No lo has notado? Bien claro estaba que yo no quería a esa gente... No son personas honradas.

—¿Cómo puedes saberlo?—exclamó Marta, a quien irritaba la injusticia.—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo Padre Faujas... Sí, yo lo oí un día; hablaba con su madre.

Ella le miró fijamente. Entonces él se ruborizó un tanto, y balbuceó:

—Bueno, lo sé y basta... La hermana no tiene corazón, y el marido es un sinvergüenza. Es inútil que te las echés de reina ofendida; son palabras de ellos, y yo no invento nada. Ya puedes comprender que no quiero a esa patulea en mi casa. La vieja era la primera que no quería oír hablar de su hija. Ahora el cura dice todo lo contrario. No sé qué le ha podido hacer cambiar. Algún nuevo misterio. Debe de necesitarles.

Marta se encogió de hombros y le dejó gritar. Mouret dió orden a Rosa de que no limpiara

las habitaciones; pero Rosa no obedecía más que a la señora. Por espacio de cinco días, la cólera de Mouret se prodigó en palabras amargas, en recriminaciones terribles. Cuando el Padre Faujas estaba allí, se contentaba con poner mala cara, sin osar atacar de frente. Después, como siempre, tomó su partido. No halló más que burlas de aquellas gentes que iban a llegar. Estrechó más los cordones de su bolsa y se aisló más todavía, hundiéndose por completo en el círculo egoísta en el cual giraba. Cuando se presentaron los Trouche, una tarde de Octubre, se contentó con rezoñar:

—¡Demonio! No huelen bien... ¡Y qué malas fachas!

El Padre Faujas pareció poco deseoso de que vieran a su hermana y su cuñado, el día de su llegada. La madre se había colocado en el dintel de la puerta. En cuanto les vió desembocar por la plaza de la Sub-Prefectura, estuvo en acecho, lanzando en torno miradas inquietas, al corredor y a la cocina. Pero estuvo de desgracia. Cuando entraban los Trouche, Marta, que iba a salir, subió del jardín, seguida de sus hijos.

—¡Ah! Aquí está toda la familia—dijo con complaciente sonrisa.

Madame Faujas, de ordinario tan dueña de sí misma, se aturdió ligeramente, balbuceando una palabra de respuesta. Por espacio de algunos minutos, permanecieron allí, frente a frente, examinándose en medio del vestíbulo. Mouret había subido prestamente los peldaños de la escalinata. Rosa se había plantado en la puerta de la cocina.

—Debe usted de estar muy contenta—dijo Marta dirigiéndose a madame Faujas.

Después, comprendiendo el embarazo que tenía mudos a todos, quiso mostrarse amable con los recién llegados y se volvió hacia Trouche, diciendo:

—Han llegado ustedes en el tren de las cinco, ¿verdad? ¿Y cuánto hay desde Besançon aquí?

—Diez y siete horas de ferrocarril—respondió Trouche, mostrando la desdentada boca.—En tercera le aseguro a usted que es una delicia... Se queda uno con el vientre hecho cisco...

Y se echó a reír con un ruido particular de las mandíbulas. Madame Faujas le lanzó una mirada terrible. Entonces, maquinalmente, trató Trouche de abrocharse un botón roto de su grasienta levita, acercándose a los muslos, sin duda para esconder manchas, dos sombrereras que llevaba, una verde y otra amarilla. Su rojizo cuello tenía un cloqueo continuo, bajo un girón de corbata negra retorcida, que no dejaba ver más que un pedazo de camisa sucia. Su rostro, lleno de costurones, trascendiendo a vicio, estaba como alumbrado por dos pequeños ojos negros, que rodaban sin cesar sobre las personas y sobre las cosas, con aire de codicia y de sobresalto; ojos de ladrón que estudian la casa adonde volverá por la noche, para dar un golpe.

Mouret creyó que Trouche miraba las cerraduras.

—¡Vaya unos ojos que me gasta ese tipo!—pensó.

Entre tanto, Olimpia comprendió que su marido acababa de decir una gansada. Era una mujer alta, delgada, rubia, marchita, de rostro vulgar e ingrato. Llevaba una cajita de madera blanca y un gran bulto envuelto en un pañuelo.

—Hemos traído almohadas—dijo señalando con

la vista el gran bulto.—Con almohadas no se va mal en tercera... Es lo mismo que la primera... ¡Caramba! Es una gran economía... Aunque tenga uno dinero, es inútil tirarlo por la ventana, ¿verdad, señora?

—Naturalmente—dijo Marta, algo sorprendida por aquellos personajes.

Adelantóse Olimpia a la plena luz, y entrando en conversación, con familiar acento:

—Es como con los trajes; yo, cuando viajo, me pongo lo peor que tengo. Yo dije a Honorato: “¡Bah! Muy bien que está tu levita vieja”. También lleva su pantalón de trabajo, un pantalón que está cansado de servir... Mire usted, he escogido mi traje más feo; creo que hasta agujeros tiene. Este chal era de mamá; en casa me servía para planchar... ¡Y mi sombrero! Un sombrero que no me servía ya más que para ir a la compra... Y demasiado bueno es para llenarlo de polvo, ¿verdad, señora?

—Sí, ciertamente —repitió Marta, procurando sonreír.

En aquel momento una voz irritada se dejó oír en lo alto de la escalera, lanzando esta breve exclamación:

—¡Madre!

Mouret, levantando la cabeza, vió al Padre Faujas apoyado en la baranda del segundo piso, con el rostro terrible, e inclinándose, aun a riesgo de caer, para ver mejor lo que pasaba en el vestíbulo. Había oído el ruido de las voces, y debía de estar allí, desde hacía un instante, perdiendo la paciencia.

—¡Madre!—gritó de nuevo.

—Sí, sí, ya subimos—respondió madame Fau-

jas, a quien pareció hacer temblar el furioso acento de su hijo.

Y, volviéndose hacia los Trouche:

—Vamos, hijos míos, subamos... No molestemos más a la señora.

Pero los Trouche parecieron no oír. Se encontraban bien en el vestíbulo; miraban a su alrededor con aire entusiasmado, como si les hubieran regalado la casa.

—Es muy bonito, muy bonito —murmuró Olimpia.—¿Verdad, Honorato?... Según las cartas de Ovidio, no creíamos que fuera tan bonito. Ya te lo decía yo: “Hemos de ir allí; estaremos mejor, yo me pondré buena...” ¿Tenía razón o no?

—Sí, sí, debe de estar muy bien—dijo Trouche entre dientes.—Y el jardín es bastante grande, según creo.

Después, dirigiéndose a Mouret:

—Señor mío—dijo.—¿Permite usted a sus inquilinos que se paseen por el jardín?

Mouret no tuvo tiempo de contestar. El Padre Faujas, que había bajado, gritó con tonante voz:

—¡Trouche! ¡Olimpia!

Ambos se volvieron. Cuando le vieron en pie en un peldaño, formidable de cólera, se empequeñecieron y echaron tras él, doblando el espinazo. El cura subió delante de ellos sin pronunciar palabra, y sin parecer siquiera darse cuenta de que estaban allí los Mouret, contemplando aquel extraño desfile. Madame Faujas, para arreglar las cosas, sonrió a Marta al cerrar el cortejo. Pero cuando Marta se hubo ido y Mouret se quedó solo, permaneció un instante en el vestíbulo. Arriba, en el segundo piso, las puertas se cerraban con violencia. Hubo estallido de voces, y después reinó un silencio de muerte.

—¿Los habrá metido en el calabozo?—dijo riendo.—¡Vaya una familia cochina!

Al día siguiente, Trouche, vestido decentemente, todo de negro, afeitado, con los escasos pelos peinados sobre las sienes fué presentando por el Padre Faujas a Marta y a las damas patrocinadoras. Tenía cuarenta y cinco años, su letra era muy bonita, y él decía que había llevado los libros mucho tiempo en una casa de comercio. Las damas le dieron posesión inmediatamente. Tenía que representar a la junta, cuidarse de los detalles materiales, de diez a cuatro, en un despacho que había en el primer piso de la obra de la Virgen. Su sueldo era de mil quinientos francos.

—Ya ves que está muy pacífica esa pobre gente—dijo Marta a su marido, al cabo de algunos días.

En efecto, los Trouche no hacían más ruido que los Faujas. Rosa aseguraba que dos o tres veces había oído disputas entre la madre y la hija; pero en seguida se alzaba la grave voz del cura poniéndolas en paz. Trouche, regularmente, salía a las diez menos cuarto y volvía a las cuatro y cuarto; por la noche no salía nunca. Olimpia, a veces, iba a hacer diligencias con madame Faujas; nadie la había visto aún bajar sola.

La ventana de la alcoba en que dormían los Trouche daba al jardín; era la última, a la derecha, frente a los árboles de la subprefectura. Grandes cortinas de percalina roja, adornadas con cenefas amarillas, colgaban detrás de los cristales, ostentándose en la fachada al lado de las blancas cortinas del cura. Por otra parte, la ventana estaba siempre cerrada. Una noche, estando el Pa-

dre Faujas con su madre, en la terraza, en compañía de los Mouret, se dejó oír una tosecilla involuntaria. El cura, levantando vivamente la cabeza con aire enojado, vió las sombras de Olimpia y de su marido que estaban inmóviles, de codos sobre el alféizar, y mirando hacia abajo. Permaneció un instante con los ojos levantados, cortando la conversación que sostenía con Marta. Los Trouche desaparecieron. Se oyó el ahogado chirrido de la falleba.

—Madre—dijo el cura,—deberías subir; tengo miedo de que te pongas mala.

Madame Faujas dió las buenas noches. Cuando se hubo retirado, Marta reanudó la conversación, preguntando con afectuosa voz:

—¿Está peor su hermana de usted? Hace ocho días que no la he visto.

—Tiene gran necesidad de reposo—respondió secamente el cura.

Pero Marta insistió por bondad.

—Se encierra demasiado; el aire le hará bien... Estas noches de Octubre no son aún frías... ¿Por qué no baja nunca al jardín? Aun no ha puesto los piés aquí. Ya sabe usted que el jardín está a su completa disposición.

El cura se excusó mascullando algunas palabras, en tanto que Mouret, para turbarle más aún, se ponía más amable que su mujer.

—Eso decía yo esta mañana. La hermana del señor cura podría venir a coser al sol, por la tarde, en vez de estar emparedada allá arriba. Parece que ni siquiera se atreve a salir a la ventana. ¿Acaso le damos miedo? Creo que no somos tan terribles... Lo mismo que el señor Trouche, que sube los escalones de cuatro en cuatro. Dígale us-

ted que venga, de cuando en cuando, a pasar alguna velada con nosotros. Deben de aburrirse mortalmente, tan solos en su alcoba...

El cura, aquella noche, no estaba de humor para tolerar las burlas de su casero. Le miró cara a cara, y rotundamente le dijo:

—Mil gracias, pero es poco probable que acepten. Están cansados por la noche, y se acuestan. Por otra parte, es lo mejor que pueden hacer.

—Señor mío, como gusten—respondió Mouret, picado por el brusco acento del cura.

Y cuando estuvo solo con Marta:

—¡Bueno, hombre, bueno! ¿Se habrá figurado que me va a comulgar con ruedas de molino? ¡Claro! Teme que esos pordioseros que ha recogido en su casa le jueguen alguna mala partida... Ya has visto cómo se ha puesto esta noche al verles en la ventana. Estaban allí para espiarnos. Esto acabará mal.

Marta vivía en una gran dulzura. Ya no oía las chillerías de Mouret. Los principios de la fe eran para ella un goce exquisito; se deslizaba hasta la devoción, lentamente, sin sacudidas; mecíase en ella, en ella se dormía. El Padre Faujas evitaba siempre la ocasión de hablarle de Dios; seguía siendo su amigo, y no la encantaba sino por su gravedad, por aquel vago olor a incienso que se desprendía de su sotana. Por dos o tres veces, solo con él, Marta había prorrumpido de nuevo en nerviosos sollozos, sin saber por qué, sintiendo felicidad al llorar de aquella manera. Siempre se había contentado el cura con tomarle las manos, en silencio, calmándola con su mirada tranquila, reposada. Cuando Marta quería hablarle de sus tristezas sin causa de sus secretas alegrías,

de su deseo de ser guiada, él la hacía callar sonriendo. Decía que aquello no le concernía, y que debía hablar al Padre Bourrette. Entonces Marta lo guardaba todo para sí, y se quedaba temblorosa. Y él adquiría mayor altura, poniéndose lejos de su alcance, como un dios a cuyos piés acababa ella por arrodillar su alma.

Las grandes preocupaciones de Marta eran ya las misas y los ejercicios religiosos a que asistía. Se encontraba bien en la gran nave de San Saturnino, en la que gozaba mejor aquel reposo completamente físico que buscaba. Cuando estaba allí lo olvidaba todo; era como una ventana inmensa abierta a otra vida, una vida amplia, infinita, llena de una emoción que la llenaba y le bastaba. Pero aun le daba miedo la iglesia; iba a ella con un pudor inquieto con una vergüenza que instintivamente le hacía echar una mirada atrás cuando empujaba la puerta, para ver si había alguien que la viese entrar. Después se abandonaba; todo se enternece, hasta aquella voz gruesa del Padre Bourrette, que, después de haberla confesado, la tenía a veces arrodillada aún durante algunos minutos para hablarle de las comidas de madame Rastoil o de la última velada de madame Rougon.

Con frecuencia, Marta volvía a su casa anonadada. La religión la destrozaba. Rosa se había hecho omnipotente en la casa. Daba empujones a Mouret, le reñía porque ensuciaba demasiada ropa, le hacía comer cuando la comida estaba lista. Hasta se propuso trabajar por su salvación.

—Hace bien la señora en vivir como cristiana—le decía.—Usted se condenará, señor, y le estará a usted bien empleado, porque en el fondo no es

usted bueno; ¡no, no es usted bueno! Debería usted acompañarla a misa el domingo que viene.

Mouret se encogía de hombros. Dejaba las cosas como estaban, dedicándose él a la casa, y dando una escobada cuando el comedor le parecía demasiado sucio. Los niños le preocupaban más. Durante las vacaciones, como la madre no estaba allí casi nunca, Deseada y Octavio, a quien habían vuelto a suspender en los exámenes del bachillerato, trastornaron la casa. Sergio se puso malo, guardó cama y se pasó días enteros leyendo en su habitación. Se había convertido en el predilecto del Padre Faujas, que le dejaba libros. Mouret pasó dos meses abominables, sin saber cómo gobernar aquel pequeño mundo; en especial, Octavio, le volvía loco. No quiso esperar la vuelta del curso, y decidió que el chico no iría más al colegio, y que lo pondría en una casa de comercio de Marsella.

—Puesto que no quieres cuidar de ellos—dijo a Marta,—será menester que yo los meta en alguna parte... Yo estoy ya desesperado, y prefiero echarlos a la calle. Si te sabe mal, peor para ti. En primer lugar, Octavio está insoportable. No será bachiller en su vida. Vale más enseñarle en seguida a que se gane el pan, que verlo holgazaneando con un hatajo de granujillas... Sólo a él se ve en la ciudad.

Marta se quedó muy conmovida; se despertó como de un sueño al saber que uno de sus hijos iba a separarse de ella. Por espacio de ocho días, obtuvo que se difiriera su marcha. Se estuvo más tiempo en casa y volvió a su vida de antes. Después, languideció de nuevo; y el día en que Octavio la besó, diciéndole que por la noche partía

para Marsella, Marta se sintió sin fuerzas y se contentó con darle buenos consejos.

Mouret, cuando volvió del ferrocarril, tenía el corazón en un puño. Buscó a su mujer y la encontró en el jardín, llorando en una glorieta. Allí se desahogó.

—¡Uno menos!—gritó.—Eso debe de gustarte... Así podrás corretear a tus anchas por las iglesias... Puedes estar tranquila, que los otros dos no estarán aquí mucho tiempo. Me quedo con Sergio, porque es muy bueno, y porque me parece algo joven para ir a estudiar leyes; pero si te molesta, me lo dices, y también te libraré de él. En cuanto a Deseada, irá a casa de su nodriza.

Marta continuaba llorando en silencio.

—¿Qué quieres? No es posible estar en casa y en la calle. Tú has escogido la calle, y tus hijos no son ya nada para tí, es lógico... Además, ahora, ¿comprendes? hay que hacer sitio para toda esa gente que vive en nuestra casa. Mucha suerte será que a nosotros mismos no nos echen a la calle.

Había levantado la cabeza y miraba a las ventanas del segundo piso. Después, bajando la voz:

—No llores como una tonta; te están mirando. ¿No ves unos ojos detrás de las cortinas coloradas? Son los ojos de la hermana del cura, bien los conozco. Puedes estar segura de encontrarlos ahí todo el santo día... ¿Ves? El cura es quizás un buen hombre, pero esos Trouche... Los siento agazapados detrás de las cortinas como los lobos en acecho. Apuesto a que si el Padre no se lo impidiera, bajarían por la ventana de noche para robarme las peras... Límpiame los ojos, hija mía; convéncete de que se divierten muchísimo con nuestras disputas. Que sean ellos la causa de la

partida del niño, no es razón para demostrarles el mal que a los dos nos han hecho.

Su voz se enterneció, y estuvo a dos dedos de sollozar él también. Marta, desolada, tocada en el corazón por sus últimas palabras, iba a arrojarse en sus brazos. Pero temieron ser vistos, sintieron como un obstáculo entre ellos. Entonces se separaron; en tanto que los ojos de Olimpia relucían aún entre las dos cortinas rojas.

XI

Una mañana llegó el Padre Bourrette, con el rostro desencajado. Vió a Marta en la escalinata y fué a estrechárle las manos, balbuceando:

—Ese pobre Compan se ha acabado, se muere... Voy a subir porque es preciso que vea a Faujas en seguida.

Y cuando Marta le hubo señalado al cura, que según su costumbre se paseaba en el fondo del jardín, leyendo su breviario, el Padre Bourrette corrió hacia él, tambaleándose sobre sus cortas piernas. Quiso hablar, participándole la triste noticia; pero le ahogó la pena, y no pudo más que echárselo al cuello, con la garganta llena de sollozos.

—¿Qué les pasa a los dos curas?—preguntó Mouret, que se apresuró a salir del comedor.

—Parece que el párroco de San Saturnino está a la muerte—dijo Marta muy conmovida.

Mouret hizo un mohín de sorpresa. Volvió a entrar, diciendo entre dientes:

—¡Bah! Ese pobre Bourrette se consolará mañana, cuando le nombren párroco en sustitución del otro. Espera ese puesto, él me lo ha dicho,